

Un sobre que nunca fue entregado

María Paz Mateluna Valenzuela
Profesional UCSH
mmatelunav@ucsh.cl

El año 1972, recién titulada de profe de Inglés, trabajaba en el liceo de Llay-Llay y viajaba en tren desde Santiago dos veces a la semana hacia esa localidad de la Quinta Región. Ahí me hice amiga de Silvia, una colega de Valparaíso, con la que compartíamos más que nuestra pasión por la pedagogía. Fue ella quien me contó por primera vez del sacerdote jesuita español, oriundo de Valencia, miembro del grupo “Cristianos por el Socialismo”, que trabajaba en las comunidades de los cerros del puerto, evangelizando en las poblaciones. Silvia nunca me lo presentó, pero como el destino tiene extrañas maneras de unir a las personas, conocería a su hermana meses más tarde.

En diciembre de 1972 renuncié a mi trabajo porque viajaba a España. Al despedirme de Silvia, me dice que el sacerdote valenciano necesita enviar algunas cosas a su familia y si yo podía llevárselas. Por supuesto accedí y es así como en junio de 1973, en pleno verano, viajo a Valencia en tren desde Sitges, y conozco a Pepa, la hermana del sacerdote, quien me recibe en su departamento en el centro de la ciudad. Me quedo tres semanas con ella y su familia; Pepa adoraba a su hermano y a través de su relato logro conocerlo yo también.

Septiembre de 1973 me pilla trabajando en Sitges. Unos días después del golpe, Pepa me llama por teléfono, desesperada, me dice que han tratado de comunicarse con Chile para tener noticias de su hermano, pero que ha sido imposible. Yo hago algunas averiguaciones, sin éxito. Me pide que cuando regrese a Chile, haga lo posible por contactarlo. Yo, por supuesto, accedí. En diciembre de ese año, al volver a un país absolutamente distinto al que dejé, busco en Llay-Llay a Silvia y al encontrarnos, me cuenta que le ha perdido la pista al sacerdote.

Era verano de 1974 en Santiago cuando llega una carta a casa de mis padres; es de la hermana del sacerdote, me cuenta que temen por su vida, que le han ofrecido volver a España, intervenir a través de la orden jesuita, de la embajada española, pero él no quiere volver. Está siendo perseguido y su vida corre peligro. Pepa me dice que un amigo de la familia viajará a Chile pronto y me pide que me contacte con él para recibir el dinero con el que el sacerdote comprará un pasaje de avión. Yo, por supuesto, accedí. El lugar elegido para recibir el sobre es uno de los hoteles más lujosos de Santiago; yo debía ir en una fecha específica y preguntar en recepción por Aliro Montes. Me piden que espere un momento, hasta que del ascensor sale un hombre alto y circunspecto, que me entrega el sobre y me dice que el propio sacerdote me contactará en algún minuto.

Una mañana de primavera, el sacerdote llega a la casa de mis padres, en la Villa Macul. Mi mamá abre la reja y él entra raudo, preguntando por mí. Yo salgo de la pieza y lo veo por primera vez. Me toma de la mano y me lleva al baño. Ahí me pide el sobre con el dinero. Pero yo, temerosa, le había pasado el sobre a mi papá, por seguridad y él lo había guardado en un cajón con llave. Como mi papá no estaba, convenimos que al día siguiente nos reuniríamos en Providencia con Salvador a las 18 horas, para entregárselo.

Llego a la hora señalada a la esquina convenida; espero dos horas, pero el sacerdote nunca llega. Se hizo de noche y me entra pánico, era 1974 y todo lo que hacíamos –o no– era sospechoso. Tomo la micro, llego a la casa y guardo el sobre en mi velador.

Le escribo a Pepa contándole lo que había sucedido, le digo que lamentaba no haber podido entregarle el sobre el día en que él llegó a la casa de mis padres y que me sentía culpable. En otra carta, Pepa escribe que su hermano está desaparecido y que temen lo peor. Fue desolador leerla, sentir su angustia. Silvia, mi amiga de Llay-Llay, corrobora la versión de Pepa. Recordé esa mañana en el baño de la casa de mis padres junto al sacerdote, esos cinco minutos dentro del baño, su cara, su desesperación; nunca pude contarle de mis días felices en Valencia junto a su hermana, nunca pudo contarme de su trabajo evangelizador. Esa mañana en el baño es el único recuerdo que tengo de él.

Ese sacerdote es Antonio Llidó Mengual, detenido desaparecido desde el 24 de septiembre de 1974.